«En este libro quiero hablar de diez encuentros y, con ello, de personas que, con sus acciones, sus palabras y sus preguntas, en diálogos o incluso solo con su impresionante ejemplo, me han aportado algo decisivo en mi camino. Todos ellos, seguro que sin ser conscientes de ello, han cambiado mi forma de ver las cosas en lo que respecta no solo a la música, sino también a mi trabajo como artista y director. Todos estos acontecimientos tenían algo en común. Su tema central era el aprendizaje, uno que trasciende la escuela, los conservatorios y las universidades.»

Alianza *Pop*

10 LECCIONES EN MI VIDA

KENT NAGANO

INGE KLOEPFER

10 LECCIONES EN MI VIDA

Lo que de verdad importa

Traducción de Miriam Palacios Martínez

Alianza *Pop*

Título original: *10 Lessons of my Life. Was wirklich zählt*

Primera edición: septiembre de 2026

Imagen de cubierta de Sergio Veranes

Diseño de cubierta de Zero Media GmbH

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Berlin Verlag in der Piper Verlag GmbH, Berlin/München 2021
© de la traducción, Miriam Palacios Martínez, 2026
© Alianza Editorial, 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
ISBN: 979-13-7009-296-2
Depósito legal: M-10502-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

9
Prólogo

19
Primera lección: Sarah Caldwell
Cómo aprendí que la humildad es dolorosa

37
Segunda lección: Leonard Bernstein
Cómo aprendí que no hay respuestas definitivas

61
Tercera lección: Frank Zappa
Cómo aprendí que los verdaderos artistas
no recurren a las artimañas

83
Cuarta lección: Yvonne Loriod
Cómo aprendí lo que significa tener actitud

107
Quinta lección: Pierre Boulez
Cómo aprendí lo que sueñan los compositores

131
Sexta lección: Jean-Pierrre Brossmann
Cómo aprendí a no desanimarme por el dinero

155
Séptima lección: Björk
Cómo aprendí a tomarme en serio las casualidades

175
Octava lección: Richard Trimborn
Cómo aprendí que la integridad
requiere mucho esfuerzo

197
Novena lección: Alfred Brendel
Cómo aprendí a ser fiel a un compositor

219
Décima lección: Donald Arthur Glaser
Cómo aprendí que saber rendirse es un gran arte

239
Agradecimientos

241
Fuentes citadas y recomendadas

Prólogo

No hace mucho tiempo, con motivo de mi presentación pública como nuevo director de la Orquesta y Coro Nacionales de España, la OCNE, me preguntaron: «Maestro, ¿qué le llevó a aceptar la oferta de dirigir nuestra orquesta y coro nacionales?».

La pregunta me sorprendió bastante. «¿Acaso la importancia y la influencia internacional de la cultura española en las diferentes regiones del mundo a lo largo de los siglos no son motivo suficiente?», pensé. Y, por otro lado, «¿acaso no bastaba la confianza en sí mismos de los españoles, a quienes se suele describir como "orgullosos de su país" dada la admiración que despiertan su cultura e historia, como para que yo tuviera que dar una explicación de mi decisión? ¿O tal vez la pregunta era solo una introducción extremadamente cortés para entrar entonces en una conversación inspiradora sobre mis planes como futuro director musical de la Orquesta Nacional de España?».

La cultura española es abismal y enriquecedora, además de una parte esencial de la historia de la civilización europea. Su esencia abrumadora y sus largas raíces se pueden sentir en todo el mundo; especialmente, debido a razones históricas, al otro lado del Atlántico. No olvidaré cómo, ya en mis años de estudiante, descubrí a uno de los mejores compositores del Renacimiento, el español Tomás Luis de Victoria (1548-1611), y lo que me sorprendió que, desde Ávila, primero se abriera al mundo de la música europea para después marcarlo con su huella. Como uno de los artistas más famosos del Siglo de Oro, ocupa un lugar destacado en mi trabajo artístico.

Los referentes del pasado son indispensables si queremos avanzar hacia el futuro. De Victoria es uno de los más importantes para mi trabajo en España. A partir de él, durante mi etapa como director de la OCNE, estableceré en repetidas ocasiones vínculos entre las diversas épocas de la historia de la música y el presente. Por supuesto, también con Manuel de Falla —otro gran protagonista de la historia de la música europea—, que nos viene enseguida a la mente cuando se habla de España y en cuyas obras —sobre todo en su cantata escénica *Atlántida* (1946)— aúna y concilia de forma tan ingeniosa el pasado y el presente. Trabajó durante dos décadas solo en esta obra, difícil de superar en cuanto a significado y actualidad.

Por lo tanto, tras muchos años en Europa, poder adentrarme —por fin— en otro epicentro de la cultura

europea y ocupar el puesto de director titular y director artístico es para mí más que la consecuencia lógica de mi vida como músico. No solo es un honor, sino sobre todo un enriquecimiento y una gran suerte.

Por supuesto, existe una curiosidad mayor al comienzo de un nuevo compromiso: no solo por todo lo que voy a aprender sobre España, su historia, sus tradiciones y las ambiciones de mucha gente, sino que yo mismo descubro mi propio interés durante mis estancias en España y me pregunto qué y quién me ha marcado o quién me impulsó a decidir en algún momento apostarlo todo por la música.

Una y otra vez cuento entonces mi infancia en un pueblo agrícola y pesquero de California, en la costa del Pacífico, situado casi a mitad de camino entre Los Ángeles y San Francisco, donde no solo comenzó mi vida, sino también mi viaje por este universo de la música. Entonces hablo de mi madre, que me enseñó a tocar el piano a los cuatro años, sin ningún interés en convertirme en músico profesional. Lo importante para ella, más bien, era que mis hermanos y yo desarrolláramos y cultiváramos una conciencia cultural. Opinaba que para ello era indispensable el contacto con las artes. Además, nunca olvidaré a un profesor de música excepcional que, desde el primer curso escolar, despertó en nosotros, los niños del pueblo, no solo el entusiasmo por la música, sino también el deseo por conocer Europa, la cuna de la forma artística que llamamos «música clásica» y que

aprendimos a practicar con su ayuda. No quiero ocultar que este profesor tan especial ha tenido un papel decisivo en mi carrera musical. La chispa que mi madre encendió en su día se convirtió en un fuego ardiente gracias a él. Al fin y al cabo, tras terminar el instituto, decidí estudiar no solo Sociología, sino también Música en la Universidad de California.

A menudo, esas conversaciones sobre mi trayectoria profesional resuenan en mi interior durante mucho tiempo. Entonces me pregunto qué tiene que suceder para que no se apaguen esa pasión, ese entusiasmo y ese insaciable interés por aprender, sin los cuales no se puede llegar a ser ni seguir siendo músico profesional. La respuesta es muy sencilla. Son los encuentros con personas que me han marcado, desafiado, animado y llevado una y otra vez a perspectivas completamente nuevas. Ellos han contribuido en gran medida a que la música clásica no haya dejado nunca de cautivarme. Y a que no haya podido conformarme con lo logrado, y sigo sin poder hacerlo. «El arte nos exige que no nos quedemos quietos», escribió una vez Ludwig van Beethoven. Y tiene razón. Pero no siempre se puede avanzar solo. A veces se necesitan pequeños empujones; otras, una fuerte ráfaga a la espalda, pero en ocasiones también puede ser muy beneficioso un buen viento en contra…

Los encuentros han marcado toda mi vida profesional como músico. Empezaron por mi primer empleo como asistente en la Opera Company of Boston, luego

en la Ópera de Los Ángeles, la Ópera de Lyon, la Orquesta Hallé de Mánchester, la Ópera Estatal de Baviera en Múnich, la Orquesta Sinfónica de Montreal, la Orquesta Sinfónica Alemana de Berlín o la Ópera Estatal de Hamburgo. No creo que sea diferente en Madrid como director de la OCNE. Los encuentros con personas son lo más decisivo, pero también lo más impredecible y, por su propia naturaleza, lo más emocionante para mí.

En este libro quiero hablar de diez de esos encuentros y, con ello, de personas que, con sus acciones, sus palabras y sus preguntas, en diálogos o incluso solo con su impresionante ejemplo, me han aportado algo decisivo en mi camino. Todos ellos, seguro que sin ser conscientes de ello, han cambiado mi forma de ver las cosas en lo que respecta no solo a la música, sino también a mi trabajo como artista y director. Todos estos acontecimientos tenían algo en común. Su tema central era el aprendizaje, uno que trasciende la escuela, los conservatorios y las universidades.

Siempre es sorprendente lo mucho que el azar determina si conocemos a personas de las que podemos y queremos aprender algo. Y qué gran suerte conocerlas precisamente en aquellos momentos de nuestra vida en los que, de manera consciente o no, estamos receptivos a sus mensajes. A veces, la experiencia causal del encuentro y el reconocimiento de su significado se separan en el tiempo y solo años más tarde, al reflexionar, nos damos

cuenta de lo decisivo que ha sido ese encuentro o acontecimiento. Seguro que no solo me pasa a mí. Por lo tanto, deben confluir varias circunstancias para que un encuentro personal se convierta en una lección de vida, sobre todo si se quiere que sea positiva.

Los seres humanos aprendemos en contextos sociales. Yo también, por supuesto: primero a través de nuestros padres y hermanos; después, a través de los maestros en la escuela, cuya importancia no se suele valorar lo suficiente… Aprendemos de nuestros compañeros en el colegio y en la universidad, pero también de nuestros profesores… Como padres, aprendemos de nuestros hijos, no solo sobre ellos y sobre los nuevos avances que surgen con las innovaciones tecnológicas. En las conversaciones con nuestros hijos y también en la confrontación con ellos aprendemos sobre todo algo sobre nosotros mismos. No dejo nunca de aprender de la gran cantidad de músicos de orquesta con los que trabajo, de jóvenes artistas cuya energía y entusiasmo y cuya gran necesidad de comunicarse me enriquecen de manera infinita.

Me sorprende la constatación, casi trivial, de lo importantes que son los encuentros humanos para el aprendizaje, incluso hoy en día. Cuando era joven, pensaba que lo más importante era adquirir conocimientos para ganarme la vida como director de orquesta. Sin duda, esto se debía a la arrogancia propia de esa edad. Hoy estoy más convencido que nunca de que la mera adquisición de conocimientos, para la que en

nuestra era marcada por impresionantes avances tecnológicos parecen ser cada vez menos necesarias las personas de referencia concretas, nunca puede desarrollar la capacidad de juicio y la actitud sin el encuentro con otras personas. Y que solo de la combinación de ambos surgen actitudes ante la vida que fundamentan valores muy individuales.

¿Cómo se aprende la integridad o la veracidad? Desde luego, no en los libros ni en Internet. ¿Cómo se interioriza el significado de la humildad? ¿Cómo se mantiene un mínimo de apertura a lo largo de los años? ¿Cómo se comprende lo que es la actitud? ¿Y lo importante que es dejar espacio a la casualidad? ¿Cómo se entiende que rendirse forma parte del éxito, aunque la doctrina de no rendirse nunca sugiera exactamente lo contrario? Todo esto solo nos lo transmiten las personas.

Dado que la capacidad de transmisión humana es decisiva no solo para las artes, sino también para nuestra supervivencia social, hace algún tiempo me propuse escribir diez encuentros que fueron muy importantes para mí y que hoy, en retrospectiva, describiría como «lecciones de vida». Esta vez no se tratará de mi infancia y juventud, que estuvieron tan marcadas por mis padres y, sobre todo, por mi profesor de música de primaria, y que ya describí en mi primer libro. Tampoco se trata de experiencias decisivas que se pueden transmitir en situaciones cotidianas. Este libro trata de personas que me dejaron asombrado y maravillado, que me hicieron sen-

tir admiración y aún lo siguen haciendo, pero que también me enseñaron algo a lo que todavía recurro hoy en día, no solo en mi trabajo como músico sino mucho más allá.

De Sarah Caldwell aprendí la humildad; de Leonard Bernstein, a cuestionarlo todo; de Frank Zappa, la autenticidad; de Yvonne Loriod, la libertad que permite la precisión absoluta, y de Richard Trimborn, la búsqueda de la verdad. Pierre Boulez me enseñó cómo quieren ser entendidos los compositores y cómo se puede transmitir esto. La tranquilidad de Alfred Brendel me ayudó a controlar mi impaciencia. Me hizo comprender que la música es mucho más que espontaneidad, emoción y pasión. De Donald Glaser aprendí el arte de rendirse. Todos ellos ya no están en este mundo. Sin embargo, quiero intentar revivirlos con palabras, tal y como siguen vivos en mi memoria desde entonces.

En un proyecto con Björk comprendí que merece la pena tomarse en serio las casualidades, y desde entonces lo hago. Solo que ella no lo sabe. Y, por último, pero no menos importante, está Jean-Pierre Brossmann, quien, entre otras muchas cosas, me ayudó a entender con gran claridad la relación, sin duda ambivalente, entre el arte y el dinero y a comprender por primera vez lo mucho que puede influir la política.

El éxito en la vida solo se puede definir de forma superficial a través de la fama y el dinero. Sin embargo, los

que tienen éxito de verdad son aquellos que logran dejar huella en la vida de los demás. Teniendo esta premisa, he hecho una selección para este libro que, sin duda, no está completa.

París, julio de 2025
Kent Nagano